



José Bové

LÍDER DE LA CONFEDERACIÓN CAMPESINA DE FRANCIA

«Vamos a seguir con la no

Se hizo famoso en 1999 con los primeros ataques a los McDonald. Hoy es el rostro más famoso del movimiento antiglobalización

Después de Génova ¿hasta dónde están dispuestos a llegar ustedes?

-Lo que intentó el Gobierno de Berlusconi en Génova fue criminalizar el movimiento que nosotros representamos. Pensó que iba a ganar la batalla de los medios de comunicación, pero la perdió de forma bochornosa, por sus propios excesos. Vamos a seguir sin ninguna ambigüedad en el marco de la 'no-violencia activa', con la estrategia "desenmascaremos a Drácula". Frente a unos acuerdos de liberalización que se deciden en secreto, el mero hecho de sacarlos a la luz,

de ponerlos bajo el Sol, los debilita... El Acuerdo Multilateral de Inversiones estaba siendo negociado en secreto en el marco de la OCDE. El mero hecho de que explicáramos públicamente que existía ese proyecto obligó a los Gobiernos a abandonarlo en 1998.

-Y si 'Drácula' mordiera, ¿que harían ustedes?

-Génova, Seattle, Praga... No son más que momentos de enfrentamiento simbólico que nos dan legitimidad. En Génova hubo 200.000 personas. El listón de nuestra legitimidad está ahora aún más

alto. Lo menos que podemos decir es que fue una victoria. Respecto a la violencia policial, está claro que cuando se celebre la próxima manifestación en Italia, la actitud de la policía será diferente. Ya no pueden andarse con juegos funestos como los de Génova. Estamos preparándola. Será el 10 de noviembre en Roma, al final de la cumbre de la Organización de la Alimentación y la Agricultura (FAO) y al mismo tiempo que la conferencia de la OMC en Qatar.

-En Génova, el G8 propuso celebrar un foro público con ustedes. ¿Por qué no aceptan ese tipo de invitaciones?

-Creo que el G8 en sí no es legítimo. En segundo lugar ¿Para qué debatir

JANDRÉS PÉREZ (LARZAC)

A chaparrado, robusto, hablador, algo malas pulgas... Si no fuera porque José Bové está contra las manipulaciones genéticas y contra la cirugía estética, se podría creer que es un producto inventado para convertirse en mascarón de proa del movimiento antiliberal a escala planetaria. Hasta su pasado es de cuento de hadas. Llegó en los años setenta a Larzac (sur de Francia), como miles de jóvenes de las grandes aglomeraciones y de la burguesía francesa, atraídos por un movimiento 'hippie': ser pastor, criar ovejas, hacer quesos. Se dice que estaba bajo fuerte influencia de esa rareza política que fue la Internacional Situacionista, de corte libertario, casi exclusivamente francesa. A diferencia de la mayoría de los 'hippies', Bové no abandonó. Acabó ganándose una reputación de testarudo y trabajador que le reconocen incluso sus enemigos. Los primeros combates en la región empezaron contra la extensión de un campo de maniobras del Ejército francés que amenazaba con devorar fincas como la de Bové. La victoria llegó en 1981, cuando el nuevo presidente François Mitterrand enterró el proyecto. A partir de ahí, llevó a cabo movilizaciones clásicas de campesinos. El cambio de tercio llegó en 1999. El desmontaje de un McDonalds que se instalaba en la ciudad de Millau le valió una condena de cárcel que cumplió sólo parcialmente a causa de la presión por su liberación. Y, sobre todo, en otoño de 1999, encamó en Seattle la rebelión contra el lanzamiento de una nueva ronda de liberalización comercial. Porque una represalia estadounidense contra el queso roquefort

ponía en peligro su actividad de productor de leche, contribuyó a lanzar un movimiento planetario del que ahora se empieza a calibrar el alcance. Nos recibe en una de sus casitas de la meseta del Larzac. Le llaman por teléfono para indicarle que el 12 de agosto, el segundo aniversario del desmontaje del McDonalds, será una fiesta. Quizá en cien años, una tradición. Ajeno a la amenaza de un nuevo procesamiento, el lanzado por los fabricantes de harinas cármicas, habla como un campesino y lo es. Un campesino cincuentón del XXI.



José Bové, en dos momentos de la entrevista, realizada en su casa de Larzac.

violencia activa»

si no hay una vocación de elaborar nuevas políticas, si no es más que para decir: "¿ven ustedes? Estamos dialogando".

—¿Hasta cuándo seguirán negándose a integrarse en una reflexión conducida por la OMC o el G8?

—Hasta que no se plantee la cuestión básica, a saber, la finalidad de las instituciones multilaterales. La ONU es una institución que representa el conjunto de los países. Al lado, hay una organización como la OMC que tiene verdaderos poderes para obligar a los Gobiernos a someterse a sus reglas. Y sus reglas tienen un objetivo claro que nadie confunde: se trata de liberalizar el comercio en todas sus formas y extenderlo al conjunto de las

actividades humanas. No hay razón para dialogar hasta que no se haga un balance para saber cuáles son los efectos positivos y negativos de la liberalización en el conjunto del planeta. Pedimos hace dos años que se hiciera ese balance, no hubo respuesta. Una institución que se niega a hacer el balance de sus actividades y no hace más que avanzar con las orejeras puestas, tiene un problema. También hay que hacer un balance sobre las reglas de funcionamiento. Acaban de reconocer que tienen un problema de transparencia y de democracia. Y por último, hay que hacer un balance sobre la fórmula jurídica del Tribunal de Arbitraje. Con la fórmula actual, sólo los pesos pesados pueden

> "Sin patentes no habría transgénicos"

ganar. Debatir con la OMC, ¿para qué, si esa institución es a la vez un poder ejecutivo, un legislativo y un judicial, es decir, lo contrario de una democracia?

—Compuesto por representantes de Gobiernos, en su mayoría elegidos democráticamente...

—Sí, pero la base democrática de muchos jefes de Estado occidentales se reduce. Bush fue elegido por el 24% de los norteamericanos. Blair acaba de ser reelegido por un 27% aproximadamente. La mayoría de la gente se siente excluida de la democracia formal.

—Dirigentes electos como los de España e Italia dicen que es la gente como usted la que carece de legitimidad.

—Nuestra legitimidad es, primero, que reunimos organizaciones sindicales, asociaciones, ONGs que trabajan colectivamente, de manera transparente y de forma reconocida. Segundo, que planteamos cuestiones que, sin nosotros, nadie plantearía. A raíz de lo ocurrido en Génova, 'Le Monde' publicó un sondeo que indicaba que un 64% de los franceses está en contra de la globalización tal y como se está llevando a cabo actualmente. La opinión empieza a ajustar el prisma con que mira este fenómeno. Comprende que, tal y como se lleva a cabo, favorece a las multinacionales y a los países ricos, y no contribuye a mejorar las condiciones de vida sobre este planeta. Hay una concienciación y nuestro movimiento es reconocido por ello. Las instituciones multilaterales y el Foro Davos nos invitan a debatir. Es la mejor prueba de nuestra legitimidad. Ellos mismos nos acreditan. Si no, no nos invitarían...

—Eso que acaba de decir es una travesura...

—No, no, oiga, son ellos quienes lo dicen. No pueden decir, por un lado, que no tenemos legitimidad y, por otro, que quieren entablar el diálogo con nosotros. En un futuro inmediato, los Gobiernos en solitario no podrán debatir y formular propuestas para administrar el planeta.

—¿Van ustedes a crear un partido internacional, o una Internacional, digamos, en sentido clásico?

—Para todo el mundo empieza a quedar claro que el gran reto hoy es construir un contrapeso a los poderes que actúan a escala internacional, porque las decisiones son multilaterales. Hoy la esfera económica ha conseguido tal autonomía respecto a la política, que el Estado nación padece una crisis profunda. La finalidad misma de la política debe ser reinventada, debe ser la vía para imponer límites a la economía.

—Se dice que ustedes no son más que ultraizquierdistas que, después de años moriendo el pokvo, se han puesto una piel de cordero para conseguir algo de prédica. ¿Se siente cercano a Marx o a Bakunin?

—Nunca he estado afiliado a un partido político...

—O sea que es anarquista.

—Soy de tradición libertaria, en cuanto a la reflexión. Y entre mis padres espirituales citaría es a Jacques Ellul (padre de una especie de cristianismo libertario). Era un francés muy conocido en los países anglosajones y en Polonia en el momento de 'Solidaridad'. Trabajó sobre dos cuestiones fundamentales. El Estado y la emancipación de la técnica, que impone su propia racionalidad a las actividades humanas. Como la técnica lo permite, se crean bolsas de valores para todo, por todas partes. Como existen los medios para manipular los genes, se inventan organismos genéticamente modificados. Y esa es una espiral que no tiene final. El proceso técnico impone su propia lógica, la política desaparece.

—Respecto a las manipulaciones de la técnica, su sindicato, la Confederación Campesina, ha lanzado un llamamiento a destruir los cultivos transgénicos en Francia. ¿Qué legitimidad invoca?

—Hoy, pese a las decisiones europeas de una moratoria de nuevas variedades transgénicas, hay un informe de una agencia francesa que prueba que un 41% de las semillas de maíz están ya contaminadas por genes modificados y que hoy, tanto en las semillas, como en las cosechas, la presencia de genes modificados aumenta. Es lógico, porque el polen de una plan-

ta transgénica vuela como el de una planta natural, hay polinización. Las dos vías a partir de las que se están diseminando los genes modificados son la importación de semillas procedentes de Estados Unidos, el primer productor mundial de OGM (organismo genéticamente modificado), y, en suelo francés, la presencia de cultivos experimentales al aire libre, desconocidos de todos excepto la administración y de las firmas privadas propietarias. Al principio era secreto incluso los municipios donde se encuentran estos cultivos. Logramos obligar al Estado a publicar la lista de municipios donde hay cultivos experimentales pero no publica su ubicación exacta. Esto quiere decir que un agricultor, incluido un agricultor de productos biológicos o respetuoso con el medio ambiente, puede tener, sin saberlo, un cultivo transgénico al lado, con riesgo de contaminación transgénica. O sea que le hemos dicho al Gobierno que, o bien él destruye esos cultivos experimentales, o nosotros lo haremos.

—¿Y cuál ha sido la respuesta del Gobierno?

—Argumentan que los laboratorios públicos trabajan para estudiar las consecuencias de los cultivos al aire libre. Pero como ya habían probado, en invernadero, que el riesgo de polinización cruzada existía, no era necesario hacer eso en situación real y armar follón... No hace falta provocar una explosión como la de Chernobil para saber que la energía nuclear puede ser peligrosa... Se sabe que, a partir del momento en que hay contaminación genética, resulta imposible dar marcha atrás. Nadie puede volver a encerrar los genes en la probeta.

—¿Tienen el emplazamiento exacto de las parcelas?

—Tenemos la lista de los 90 municipios donde hay cultivos experimentales. En cada departamento, el sindicato investiga para saber dónde están. Y hay un caso curioso en la Sarthe (este): un agricultor le dio permiso a la firma Novartis para que plantara transgénicas en su campo. El otro día fue él mismo a destruirlas.

«La OMC no es un organismo democrático»



—¿Por miedo?

—Sí, prefirió destruirlo él, antes de que llegaran los otros... Es una situación como la de Astérix: siempre hay un pirata, a bordo de un barco, y a menudo cuando llegan los galos, él mismo lo destruye, antes de que se lo hundan (ja, ja, ja)

—¿Le gusta que le comparen con Astérix?

—Es absurdo. No tiene sentido.

—¿Pero qué tiene usted contra las plantas transgénicas?

—Los organismos transgénicos nunca habrían existido si no existieran las patentes. La lógica de los OGM y su generalización no tiene otra razón que la de las firmas que quieren poder controlar el conjunto de las semillas a partir de esas modificaciones genéticas. Un campesino que planta OGMs patentadas tiene la obligación legal de comprar al año siguiente nuevas semillas. Si planta él mismo las semillas salidas de las plantas iniciales, se considerará que está violando una patente registrada, se colocará en la ilegalidad. Estoy convencido de que si rechazamos las patentes sobre las semillas y sobre los seres vivos, los organismos transgénicos, se acabaron. Nadie invertirá un duro en ellas. La confirmación de esto

> «En España hay 1.500 pueblos abandonados. Es una locura»



al exceso de capacidad de producción, transporte, exportación en ciertas zonas del Norte. Hay aproximadamente 28 millones de agricultores en el mundo que tienen un tractor y más de 1000 millones de agricultores que trabajan a mano. Si se destruye la capacidad de ese hombre para dar de comer a su familia, estamos creando megalópolis, estamos destruyendo por completo el tejido social del planeta.

—Frente a esa espiral, la Confederación Campesina y Vía Campesina afirman que la mejor manera de garantizar alimentos de calidad y para todos es la existencia de agricultores numerosos, prósperos e independientes. ¿Cómo imagina esa sociedad de agricultores?

—De hecho ya vivimos en una sociedad de agricultores, se quiera o no. Son el 60% de los trabajadores en activo del planeta. Sólo en los países occidentales ha triunfado —de momento— la idea de que la reducción del número de campesinos, era un factor de progreso. Es una aberración.

—¿Tanto como una aberración?

—Cuantos menos campesinos hay, más fondos públicos son necesarios para respaldar la exportación, para evitar catástrofes ecológicas, para resolver el éxodo rural, problemas sociales... Y me paro ahí. El caso de España es uno de los más reveladores al respecto. Mil quinientos pueblos abandonados. Es una locura. Pero también en España empieza a movilizarse la gente, en particular sobre ese problema del agua. ¿Puede utilizarse el agua de forma masiva para una agricultura industrial en un lugar donde es un bien escaso? Es una aberración.

—Pero no existe de momento una alternativa, un modelo viable económicamente para esa sociedad de pequeños agricultores.

—Nosotros nos inscribimos en el marco de una reflexión europea. No estamos contra la existencia de una Política Agrícola Común. En absoluto. Lo que está en tela de juicio es el reparto actual de las subvenciones. Si hay éxodo, si hay eliminación de agricultores en Europa, es porque más del 80% de las ayudas van a menos del 20% de los agricultores. Hoy las ayudas se conceden en virtud de la extensión de los cultivos y del volumen de producción, a la cantidad. Imagínese: menos del 20% de los agricultores se queda con más del 80% de las ayudas. Está claro, se trata de un modelo que deli-

beradamente favorece la concentración en manos de los más fuertes, y la eliminación de los más débiles. Si queremos salir de esa lógica, habrá que replantearse el conjunto de la política agrícola, para orientarla hacia la creación de empleo, hacia la calidad de los alimentos y hacia la preservación del medio ambiente. Es un debate que ya está lanzado en Francia, que empieza a abrirse en España con las Plataformas Rurales. Nosotros respaldamos la marcha hacia Bruselas que van a organizar las Plataformas Rurales, por este problema del agua. Pero en general, la cuestión agrícola puede ser planteada directamente al contribuyente. La mitad de lo que cada contribuyente aporta, con sus impuestos, a la Unión Europea, va a financiar la Política Agraria Común (PAC). Es decir que cada cual debe sentirse responsable de la PAC, de lo que se hace con ella. Hay crisis sanitarias, crisis medioambientales, éxodo rural, ¿Quién quiere seguir con el modelo actual? Ni el consumidor, ni el contribuyente ni el agricultor pueden estar satisfechos.

—Todos los problemas en que se encuentran los del G8, la OMC y el FMI, por ejemplo, empezaron con un gesto histórico, cuando usted izó un queso en Seattle en 1999.

—Sí. Fue un gesto... pero hay que comprender bien el significado. Lo planeamos bien. Habíamos llevado a Seattle 500 kilos de roquefort para ofrecerlo gratis. El roquefort había sido tasado con un arancel de castigo del 100% por el diferendo con Europa causado por la carne de vaca norteamericana con hormonas. ¡Se da usted cuenta! Secuestrar la denominación de origen más antigua de Francia para imponer exportaciones de una carne adulterada. Con esa actitud Estados Unidos lo demostró todo. Las reglas del comercio son superiores a los derechos humanos. El mercado está por encima de la comida.

—¿Cuáles fueron sus sensaciones cuando se convirtió en el catalizador de todo un movimiento?

—Esto es algo que me obliga a cuidar muchas actitudes, gestos, palabras como un trabajo, con seriedad. El movimiento es colectivo. Una serie de reivindicaciones se han reunido de manera informal. Yo voy con cuidado, mi labor consiste en dar los buenos impulsos en los buenos momentos, para que la cosa avance... □

nos llegó de forma inesperada por boca del que fuera presidente de Cropscience. Este hombre dimite de su cargo y ofrece una entrevista a 'Le Monde' en la que explica que los organismos transgénicos no son más que un complemento de los pesticidas. El objetivo de las semillas transgénicas es vender con ellas los productos de tratamiento de la firma. Obligar al campesino a comprar todo el 'pack'.

—Pero el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo dice que las plantas transgénicas pueden ser una vía para acabar con el hambre

—Eso es una estafa. Y entra en contradicción con lo que dijo el director general de la FAO, Jacques Diouf, en un discurso en Suecia en mayo. Señaló que el problema de los 850 millones de personas que se mueren de hambre no es un problema de cantidad de producción, sino un problema de reparto y de distribución. Digamos de paso que la parte de responsabilidad de Estados Unidos y la Unión Europea no es nada desdeñable. Son dos gigantes que exportan productos subvencionados a precios de 'dumping' y aplastan a los agricultores locales. Hoy los principales desajustes que conducen a situaciones de hambre en el Sur se deben